

Cambio social y

cometido del sacerdote

RAFAEL BAQUEDANO, S. J.

Desde los orígenes más remotos los cristianos han reflexionado siempre sobre el puesto de la Iglesia en la sociedad. Este esfuerzo de reflexión, orientado con frecuencia en otras épocas hacia la controversia, está hoy día cambiando de sentido: los cristianos quieren penetrar en la comprensión de la Iglesia para vivir más profundamente su vida en la sociedad. Paulo VI ha escrito en su encíclica *Ecclesiam suam*: "La Iglesia tiene necesidad de reflexionar sobre sí misma, tiene necesidad de sentirse vivir. Debe aprender a conocerse mejor si quiere vivir su propia vocación y ofrecer al mundo su mensaje de fraternidad y salvación." Y un tema continuo en la Iglesia desde los tiempos de Juan XXIII ha ido el "aggiornamento", la actualización de la Iglesia frente a las nuevas necesidades de la sociedad moderna. Si la Iglesia quiere ponerse al día, salir al encuentro de la sociedad moderna, debe necesariamente conocer la sociedad para conocerse a sí misma.

El cambio rápido y continuo es uno de los rasgos más característicos de la sociedad. No solamente estamos viviendo en un estado de transición, en un proceso de cambio de una sociedad pre-técnica a una sociedad técnica, en el paso de una civilización a otra, sino que vamos llegando a un punto en el que el cambio adquiere una permanencia continua a ritmo acelerado. Esto es lo verdaderamente original del mundo actual, aunque en la historia humana no hayan faltado períodos de crisis y trastornos. El cambio es actualmente la condición normal de la sociedad, en particular para la Iglesia, y dentro de la Iglesia más especialmente para el sacerdote. Es un hecho que el cambio social, con toda su secuela de transformaciones en los modos de pensar, estructuras sociales, actitudes, gustos, pautas de comportamiento, aspiraciones y valores, pone un grave problema de adaptación al sacerdote que debe vivir y ejercer su cometido en una sociedad cambiante.

La transformación de la civilización, la situación nueva de la Iglesia en el mundo, sacuden profundamente la manera de vivir y ejercer el sacerdocio ministerial. Surgen dificultades y tensiones que piden un examen y revisión sincera de la situación. No es ningún secreto que los sacerdotes se preguntan sobre sí mismos, sobre el significado de su sacerdocio y en manera particular sobre las condiciones concretas de su

cometido en una situación de cambio. Las exigencias que presenta este tipo de sociedad en transformación parecen pedir de los sacerdotes la asimilación y aceptación de los cambios sociales y el desarrollo y adopción de nuevos valores y actitudes a fin de adaptarse a esta nueva edad de la humanidad, que forma parte, sin duda, de los grandes designios de Dios sobre los hombres y la creación. La capacidad de adaptación es para el individuo y las instituciones uno de los valores más importantes en la sociedad cambiante.

No hay duda alguna que ante nuestro mundo en transformación los sacerdotes, en general, están actualmente experimentando profundas inquietudes, y aun ansia, según palabras del mismo Concilio Vaticano II. Se hacen eco de esta preocupación numerosos artículos y obras que, en grado desigual, tratan de arrojar algo de luz sobre un aspecto tan capital como es el cometido del sacerdote en la situación de cambio social que caracteriza al mundo actual.

Creemos interesante, por tanto, presentar una breve reseña de algunas ideas y tendencias más importantes que en los últimos años se han hecho en este campo. Dividiremos estas tendencias en tres grandes líneas, según el acento principal de estos estudios: perplejidad, tensiones y dificultades, adaptación e hipótesis principales. Finalmente haremos una breve alusión al pensamiento del Concilio Vaticano II sobre este problema.

a) Perplejidad.

Los cambios históricos y sociales hacen cada día más difícil la posición del sacerdote en la sociedad industrial moderna. El sacerdote encuentra más que nunca difícil hallarse a sí mismo y situarse en un mundo que se transforma a ojos vistas. Su prestigio en la sociedad secular no puede suponerse como cosa hecha. No es ya uno de los poco educados, sino uno entre muchos. La misma promoción del laicado, tan esperada por otra parte, y la excelente formación teológica de algunos seglares, superior a veces a la de los mismos sacerdotes, añaden más confusión en torno al cometido del sacerdote. De ahí que muchos se pregunten seriamente: ¿es el sacerdote una reliquia del pasado?, ¿cuál es su cometido en el mundo actual? La definición del cometido sacerdotal es un problema que

ansiosamente se plantean sacerdotes y seglares (1). Este es el punto crucial: "Un poco en todas partes y en todas las regiones los sacerdotes están perplejos." (2) Juicio concorde con la celebrada expresión de Niebuhr que llamó al ministerio protestante la "profesión perpleja".

No se pone en tela de juicio el sacerdocio como tal, sino el modo concreto de su ejercicio, que parece inadecuado a la realidad y ritmo vertiginoso de la vida social moderna (3). A juicio de Marc Oraison, la imagen del clérigo de tiempos pasados, que cumplía una función social positiva en la vida y formación de la comunidad humana, organizada según un cierto orden establecido, no tiene significado en el contexto real del mundo actual en mutación. Es necesario encontrarle un nuevo significado social, una nueva competencia, que le permita ser hombre entre los hombres, ser reconocido como tal, a fin de que puedan escucharle como promotor de la Palabra. Como dice Duquesne: "Ciertos sacerdotes que sufren al no tener en el mundo actual una función social reconocida, sueñan con integrarse en la sociedad de los hombres por medio del trabajo. Tienen necesidad de existir para el mundo, y como no tienen el sentimiento de existir a los ojos del mundo como sacerdotes, quieren al menos existir a sus ojos como profesionales." (4)

b) Tensiones y dificultades.

Frente al mundo que se transforma tan rápidamente, el sacerdote se siente muchas veces atrasado e inadaptado. En toda situación social se enfrenta el sacerdote con los problemas de autoidentificación (¿quién soy yo?) y de determinación dentro de la compleja red de sus funciones (¿qué es lo que estoy haciendo?). En más de una ocasión puede faltarle la conciencia exacta de lo que es y, como consecuencia, no posee un foco central para la integración de sus diversas actividades. Otras veces comprende exactamente las exigencias teológicas y tradicionales de su cometido, sin entender la complejidad de las instituciones y comunidades en las que debe desempeñar su ministerio. Llega incluso a perder el sentimiento de su utilidad como sacerdote. De aquí surgen tensiones y conflictos interiores particularmente agudos en el clero rural (5). La desadaptada formación recibida y los métodos anacrónicos de pastoral en el mundo actual crean en el sacerdote un íntimo sentimiento de inseguridad, de aislamiento y marginalidad, de inacción y desánimo, y finalmente de fracaso e inferioridad (6). Sería injusto, sin embargo, generalizar de manera abusiva estas observaciones indiscutiblemente fundadas.

No pocos conflictos provienen de las condiciones de vida temporal (falta de recursos necesarios para una vida personal e independiente), de las condiciones de vida social (aislamiento, crítica por parte de los pa-

roquianos, incomunicación con los superiores, aparato administrativo y burocrático de la Iglesia), del celibato sacerdotal, de las condiciones de vida intelectual (anclaje en una cultura específicamente eclesial y restringida, sin posibilidad de procurarse libros y revistas correspondientes a sus necesidades) y de las condiciones de vida espiritual (excesivo trabajo o inacción forzada, insuficiente preparación para comprender los nuevos avances teológicos y exegéticos, recitación del Breviario en un lenguaje que se entiende a medias, rutina en la administración de los sacramentos) (7).

Hay tensiones que brotan de la falta de unidad entre los mismos sacerdotes en la vida o trabajo común y de los conflictos entre generaciones, de la formación recibida en el seminario demasiado abstracta y poco orientada hacia el conocimiento del hombre y del mundo de nuestro tiempo, de la antinomia entre el carácter fuertemente institucionalizado del sacerdocio y la necesidad de una acción espontánea, directa, personal, sin formas rígidas, del ministerio sacerdotal, de la oposición entre la perspectiva profética de su cometido sacerdotal y el comportamiento inspirado en determinados valores e intereses, de la ambigüedad proveniente del sentimiento de responsabilidad personal y la subordinación sin iniciativa al sistema eclesial (8).

c) Adaptación e hipótesis.

Esta perplejidad y tensiones son hoy día más agudas que en otras épocas debido, en parte, a la situación permanente de cambio social en que se encuentra la sociedad moderna. Resulta especialmente difícil definir el cometido del sacerdote y diagnosticar sus crisis en una condición de mutación social. Diversos autores se han preocupado de este fenómeno y han tratado de estudiarlo en sus dimensiones sociológicas y pastorales.

Para Remy, el sacerdote debe adaptarse a la sociedad que trata de transformar con su mensaje evangélico. La evolución de las mentalidades exige una acomodación del liderazgo sacerdotal (9). Este es precisamente el problema: en un mundo en transformación continua como el nuestro, ¿posee realmente el sacerdote la preparación adecuada para este cometido? A juicio de Y. Daniel y G. Le Mouél, "en su conjunto, el clero ha permanecido inadaptado al estilo de vida del mundo moderno" (10). En opinión de Houtart, el sacerdote de hoy se encuentra rezagado por formación frente a los nuevos valores de la sociedad y las tareas concretas que debe desempeñar (11). De ahí que con alguna frecuencia la concepción

(1) J. DUQUESNE, *Les Prêtres*. París, Grasset, 1965.
 (2) A. BRUNOT, X. DE CHALENDAR, H. DENIS, *Prêtres pourquoi?* París, Ed. Ouvrières, 1964, p. 9.
 (3) Marc ORAISON, "Un homme sans métier", *Christus* 12 (1965), p. 462.
 (4) J. DUQUESNE, *op. cit.*, pp. 302-303.
 (5) "Prêtres du monde rural, qui sommes-nous?", *Cahiers du clergé rural*, avril 1964, 206-209; A. BRUNOT, *etc.*, *op. cit.* pp. 23-37; "Le clergé rural en France au miroir d'une enquête", *Lumière et Vie* 15 (1966), 30-80.
 (6) A. BRUNOT, *etc.*, *op. cit.* pp. 39-43; XX, "Une question pour les Chrétiens", *Christus* 12 (1965), 438-445.

(7) Cfr. XX, "Une question pour les Chrétiens", *Christus* 12 (1965), 438-445; O. SCHREUDER, "The Parish priest as a subject of criticism", *Social Compass* 12 (1965), 53-113.
 (8) René-Pierre HAVEC, *Des Jeunes Prêtres parmi nous*. París, Fleurus, 1966; "Les Séminaires, Demain", *Informations Catholiques Internationales*, 1er. Novembre 1965, 23-32.
 (9) J. REMY, "Formation sociologique et fonction sacerdotale dans une société en changement", *Evangeliser* 18 (1964), 551-562.
 (10) Y. DANIEL et G. LE MOUËL, *Paroisses d'hier... Paroisses de demain*. París, Grasset, 1957, p. 152.
 (11) F. HOUTART, "Le prêtre dans le monde moderne", *Collectanea Mechliniensia* 49 (1964), 368-379.

que los sacerdotes se forman del hombre sea relativamente incompleta. No perciben muchas veces ni la dimensión global de la sociedad ni la importancia de los condicionamientos sociológicos externos y objetivos. Parecen no darse cuenta de la dimensión social de la vida del hombre, de los factores globales que obran, más o menos inconscientemente, en su estructura mental. En una sociedad cambiante es del todo necesario al sacerdote una firme creencia en el carácter estimulante de la observación sistemática de la dinámica social y la adopción de una actitud prospectiva.

Para emplear la expresión de J. Brothers: "es tal vez respecto del sacerdote donde más conspicuamente aparece la confrontación de la tradición y el cambio social" (12). A juicio de Rogé, el sacerdote, como personaje social, es algo muy singular: "ninguno de sus compañeros de ruta carga en sí mismo una exigencia tan fuerte de cambio" (13). Laloux y Pin han estudiado con aguda percepción, aunque de manera esquemática, este difícil y delicado problema. Según Pin, se produce necesariamente una ruptura estructural del cometido sacerdotal, al verificarse el paso de la sociedad sacral, comunitaria y pre-técnica, en que se institucionalizó, a la sociedad pluralista (secularizada), asociativa y técnica, en que el sacerdote debe actuar (14).

Para Laloux, el ejercicio concreto de las funciones sacerdotales depende siempre del contexto social determinado. La misión del ministerio sacerdotal ha sido ejercida de muy diversas maneras a través de los tiempos (15). De ahí la gran dificultad para el sacerdote, que debe confrontar el ejercicio concreto de su cometido con la realidad social global en continuo cambio. La rápida transformación del mundo rural, que en pocos años ha pasado de un estadio pretécnico a un estadio técnico, de un estadio "autocrático" o "aristocrático" a un estadio "democrático", de un estadio de "civilización religiosa y cristiana" a una "civilización profana", donde el cristianismo se convierte en minoría, exige una acomodación global del cometido del sacerdote a las nuevas condiciones (16). Es evidente que en cada uno de estos estadios el cometido del sacerdote no puede ser el mismo que en el estadio anterior. El sacerdote rural en una civilización técnica deberá desprenderse de las reliquias de una religión cósmica y adquirir un nuevo sistema de valores que le permita dialogar con los elementos más dinámicos de la moderna civilización técnica. El sacerdote rural en una civilización democrática tiene que abandonar viejas formas de despotismo y paternalismo clerical, promover seglares adultos y responsables, ser menos dogmático y moralizador y concebir el sacerdocio más como un "servicio" que como una posición de privilegio. El sacerdote, en una civilización profana y pluralista, debe dar su dimensión apropiada a lo temporal y profano, alimentar la fe más que protegerla, respetar el pluralismo de las opciones religiosas y las instituciones con fines temporales y aceptar su posición social real sin poder ni prestigio exclusivamente temporales.

d) Cambio social y cometido del sacerdote según el Concilio Vaticano II.

El Concilio Vaticano II no ha podido menos de hacerse cargo de esta situación, preocupante bajo muchos

aspectos, del cometido sacerdotal en una sociedad que se transforma. Ninguna época de la historia ha registrado transformaciones tan extensas y radicales. Nada tiene de extraño que de esta situación se desprendan consecuencias importantes en el plano de las estructuras y de las instituciones. La Iglesia —pueblo de Dios— no puede permanecer ajena como institución a este proceso incesante de continuo cambio. Dice acertadamente el teólogo social protestante Harvey Cox que "la acción de Dios se manifiesta a través de lo que los teólogos han llamado a veces 'acontecimientos históricos', pero que podría ser denominado mejor 'cambio social'. Esto significa que la Iglesia debe responder constantemente al cambio social (...)", que "la Iglesia es ante todo una comunidad que responde, un pueblo cuya tarea es discernir la acción de Dios en el mundo y asociarse a su trabajo" (17). En la Constitución Pastoral de la Iglesia en el mundo moderno hay una conciencia clara del cambio social, de su novedad radical, de esos signos de los tiempos que aparecen tan al vivo en el paso de una sociedad tradicional a una sociedad industrial moderna. Esta impresión de novedad forma parte del contenido de la expresión bíblica "signos de los tiempos" que Juan XXIII introdujo en el lenguaje pontificio como una categoría básica en la construcción del pensamiento y en la orientación de la acción. Estos signos de los tiempos, de carácter sociológico e histórico, son "acontecimientos" o trama de "acontecimientos" provocados por el hombre en el movimiento de la historia, dotados de un poder masivo de transformación que los convierte en símbolo de los tiempos, contagiando a toda una generación, un pueblo, una civilización (18). Captan energías y esperanzas del grupo humano, causan un cambio en los valores, crean nuevas expectativas, expresan las necesidades y aspiraciones de la sociedad. Es indispensable descubrirlos, interpretarlos y adaptarse a ellos, conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus expectativas y aspiraciones, ver con claridad las señales de los designios de Dios. Según el Concilio Vaticano II, estos signos de los tiempos son los cambios que se producen en las comunidades locales y primarias, la expansión de la sociedad industrial, la civilización urbana, los nuevos medios de comunicación social, la socialización progresiva de las relaciones humanas, el secularismo, la transformación de las mentalidades y estructuras. Todo lo cual está creando una nueva era en la historia humana (19). En una palabra, esta nueva era de la historia humana se caracteriza por la participación cada vez más intensa en una civi-

- (12) J. BROTHERS, "Social Change and the Role of the Priest", *Social Compass* 10 (1963), p. 478.
- (13) J. ROGE, *Le Simple Prêtre*. Tournai, Casterman, 1965. p. 323.
- (14) E. PIN, "Le rôle du prêtre dans le monde contemporain. Une analyse sociologique", *DOC*, N° 233, 1965.
- (15) Para los aspectos históricos de la evolución del sacerdocio, véase Xavier DE CHALENDAR, *Les Prêtres*. Editions du Seuil, 1963.
- (16) J. LALOUX, "Sociologie de la fonction sacerdotale" en Mgr. MENAGER, J. LALOUX, F. BORDEAU, *Prêtres pour ce temps*. Paris, Les Editions Ouvrières, 1964, pp. 59-86.
- (17) Harvey COX, *The Secular City*. London, S. C. M. Press L. T. D., 1965, p. 105.
- (18) M. D. CHENU, O. P., "Les signes des temps", *Nouvelle Revue Théologique* 87 (1965), 29-40; F. HOUTART, *L'Eglise et le monde*. Paris, Cerf, 1965.
- (19) *Gaudium et Spes*, 4, 6, 7, 23, 54, 55.

lización que se podría llamar técnica. Trastorna las relaciones entre el hombre y la naturaleza, las relaciones sociales entre los hombres, los valores y aun el sentido de la experiencia humana: "Nos hallamos situados —escribe Teilhard de Chardin—, en la hora presente, no solamente en un cambio de siglo o de civilización, sino en un cambio de edad." (20)

A este nuevo período de la historia humana, nuevas formas de cultura y nuevo humanismo (21), mencionados por el Concilio Vaticano II, corresponde lo que expresó Paulo VI en su discurso a la Asamblea General de las Naciones Unidas el 4 de octubre de 1965, a saber: la necesidad de una renovación en nuestra manera de pensar sobre el hombre y la sociedad: "Debemos habituarnos a pensar de una manera nueva sobre el hombre, de una manera nueva también sobre la vida en común de los hombres, de una manera nueva, en fin, sobre los caminos de la historia y los destinos de los hombres (...)." (22)

Naturalmente, los cambios sociales han transformado el ambiente en el que se inserta la Institución eclesial. Esta transformación incide lógicamente sobre el cometido de la Institución y, por tanto, de sus dirigentes profesionales —los sacerdotes—. "Ante el trastorno global (del mundo actual) —dice Schurr— es evidente que la pastoral no puede permanecer inalterada. Nuestro ministerio no puede ser lo que era hace treinta años. ¡A un mundo nuevo, pastoral nueva!" (22) Toda sociedad es dinámica y en el plano socio-cultural está en perpetuo cambio. La pastoral no debería jamás cristalizar sus formas y considerarlas como definitivas.

Esta preocupación, manifiesta o latentemente, ha hallado eco en los documentos finales del Concilio Vaticano II. Se inculca a los sacerdotes una esmerada preparación para el diálogo. Ahora bien, una de las condiciones necesarias para el diálogo es la adaptación a los hombres y a las circunstancias locales, culturales y sociales. Esta adaptación es particularmente requerida en la predicación, que debe ser concreta, acomodada y capaz de discernir, interpretar y valorar los signos de los tiempos. Este discernimiento de los tiempos a la luz de las posibilidades futuras forma parte de la función profética del sacerdote. La profecía debe, ante todo, según San Pablo, discernir los tiempos. Tiene que ser genuinamente sensible a los problemas de nuestra época. Los mismos seglares deben ser escuchados para poder descubrir con ellos más fácilmente las señales de los tiempos. Todas las formas de apostolado deben adaptarse a las condiciones sociales, demográficas y económicas. En una palabra, se propugna la racionalización del apostolado, la utilización de medios "mejores" y más "eficientes" en el desempeño del cometido sacerdotal en conformidad con los procesos de cambio social.

Tan vital y necesario es este diálogo y adaptación del sacerdote a la sociedad actual en continuo cambio, que el Concilio Vaticano II no pudo menos de dedicar su atención a este problema de manera, especial en

su Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros. La motivación y fin del decreto es precisamente el mantenimiento del ministerio sacerdotal debidamente adaptado a las circunstancias actuales, tan radicalmente cambiadas. El cometido del sacerdote requiere que no permanezca extraño a la vida y condiciones de los hombres, sino que viva en este mundo entre los hombres. Reconoce el Concilio con un fino toque de psicología que esta convivencia con los hombres, diálogo y búsqueda afanosa de las señales de los tiempos, no es tarea fácil en un mundo cuyas condiciones económicas, sociales y culturales cambian tan rápidamente. Nada tiene de extraño, por consiguiente, que los sacerdotes se sientan angustiados mientras buscan ansiosamente los medios y lenguaje más apropiados para comunicarse con el mundo y los hombres (23). Estas tensiones y dificultades parecen prácticamente inevitables en el cambio de una sociedad tradicional, íntima, familiar, estable, sacral, a una sociedad industrial radicalmente nueva, formal, contractual, racionalizada, impersonal, dinámica, altamente individualista y profana.

Este rápido examen nos ha mostrado que la adaptación del sacerdote a un mundo en cambio ha preocupado últimamente a sociólogos y teólogos, que han tratado de darnos diversas explicaciones, ya de la perplejidad del sacerdote frente a esta situación y de las actuales tensiones, dilemas y dificultades, ya de la necesidad de una adaptación mediante la presentación de hipótesis plausibles. El Concilio Vaticano II observa manifestaciones innegables de una situación nueva e inédita en los "signos de los tiempos", cuyo escudriñamiento e interpretación se hacen necesarios para una adecuada adaptación del cometido sacerdotal.

Estos signos de los tiempos se reflejan particularmente en la aparición de un nuevo tipo de sociedad industrial y urbana cuyos efectos son particularmente visibles en el orden social, psicológico y, sobre todo, en el moral y religioso. Esta situación de cambio social que se opera en la sociedad es ya en sí misma un signo de los tiempos que afecta especialmente al sacerdote llamado por vocación a sentir el pulso de la sociedad y descubrir el carácter significativo de los acontecimientos y fenómenos encarnados en la realidad social y terrestre de los tiempos. De ahí que el Concilio Vaticano II recomiende al sacerdote preparación para el diálogo y adaptación en la predicación a las necesidades y circunstancias socio-culturales de nuestro tiempo con el fin de reconocer, interpretar y valorar justamente las señales de los tiempos (24).

(20) P. TEILHARD DE CHARDIN, *La vision du passé*. Paris, Ed. Du Seuil, 1957, p. 107. ¡Este texto fue escrito en el año 1923!

(21) *Gaudium et Spes*, 4, 54, 55.

(22) Viktor SCHURR, *Pastorale constructive*. Paris, Editions du Chalet, 1963, p. 12.

(23) *Presbyterorum Ordinis*, 1, 3, 22.

(24) Además de la bibliografía ya señalada, sobre este tema del sacerdote y el cambio social, pueden consultarse con fruto, entre otras, las siguientes obras y artículos:

P. COLIN, "Le prêtre un homme reconnu, adapté, situé?", *Prêtres aujourd'hui*, Janvier 1966, 12-22.

J. H. FICHTER, *Priest and People*. New York, Sheed and Ward, 1965.

W. GODDIJN, "Le rôle du prêtre dans l'Eglise et la société", *Social Compass* 12 (1965), 21-33.

Mgr. MARTY, etc., *Prêtres comment?* Paris, Ed. Ouvrières, 1966.

J. REMY, "Le leadership du prêtre dans le monde d'aujourd'hui", *Évangéliser* 18 (1963), 128-138.

O. SCHREUDER, "Le caractère professionnel du sacerdoce", *Social Compass* 12 (1965), 5-19.

Marie Augusta NEAL, *Values and Interests in Social Change*. Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, 1965.